

UN HOMBRE Y UN MUNDO SIN SENTIDO

1.-El agnosticismo contemporáneo

Cuando se pone en duda el valor de la inteligencia para alcanzar la de-velación del ser trascendente y sus causas, el hombre lógicamente se cierra en una inmanencia fenoménica. Colocado el ser trascendente más allá del alcance válido de la inteligencia, sólo restan los fenómenos o apariencias de las cosas, las cuales, destituidas de todo soporte ontológico, únicamente pueden darse en una instancia inmanente subjetiva. El esse est percipi, "el ser es su ser percibido", de Berkeley, es la consecuencia necesaria de todo empirismo, el cual, negado el valor trascendente de la inteligencia, no puede aprehender el ser. En esta posición, la inteligencia tampoco es capaz de de-velar el ser inmanente del sujeto. Como el mundo, también el hombre queda reducido a ¡in conjunto de manifestaciones fenoménicas subjetivas.

Apariencias objetivas en apariencias subjetivas, el mundo y el hombre, en definitiva no son, únicamente aparecen. La consecuencia es el nihilismo. La nada es la última instancia ontológica del mundo y del hombre, es su raíz y su fundamento. Estas consecuencias han sido llevadas hasta el extremo por la filosofía existencialista contemporánea, en un proceso de des-realización o de des-esencialización del ser trascendente, primero, y del ser inmanente, después, comenzado ya con la decadencia medioeval y vigorizado en el Renacimiento. Descartes es su primer representante sobresaliente. Lo primero que conoce la inteligencia no es el objeto trascendente, el cogitatum, sino el pensamiento mismo, el cogito. Más aún, los conceptos representan "clara y distintamente" las cosas, pero no las aprehenden en su ser trascendente, no las de-velan en su propia e intrínseca realidad. Hay un hiatus entre el conocer y el ser trascendente. El conocimiento intelectual termina en su propia representación conceptual inmanente. Si Descartes de hecho es realista lo es por una apelación ¡lógica a la Veracidad de Dios -quien le asegura la realidad del objeto ya que no podría haber llegado a Ella con tales conceptos desarticulados del ser trascendente.

Kant da un paso más hacia el hundimiento inmanentista, quiere fundar su agnosticismo ontológico, la imposibilidad de la inteligencia para llegar al ser trascendente. Los conceptos y juicios no tienen un objeto propio real, distinto del de los sentidos, son puros modos o formas de organizar los fenómenos en objetos. La cosa en si, transubjetiva, el "noumenon" queda más allá de las posibilidades del conocimiento intelectual del hombre. Kant no niega el mundo trascendente al hombre, lo declara de jure incognoscible, incapaz de ser alcanzado por la inteligencia. El agnosticismo se presenta así en su forma más patente. El inmanentismo se torna absoluto en los Idealistas -Hegel es su representante más destacado- y en los Positivistas del siglo pasado. Por caminos diversos -racionalista o sensista- ambas corrientes cierran el paso a la trascendencia y quedan clausuradas en un conocimiento puramente fenomenológico, deformada así la verdadera naturaleza de éste.

2.- El agnosticismo en la filosofía vitalista y existencialista actuales

El antiintelectualismo vitalista y existencialista de nuestros días sumerge al hombre en tina inmanencia radical. El mundo sólo es como horizonte o límite espacial de la existencia humana. Su ser, dice Sartre, se confunde y no es más que su aparecer en el hombre. El creer que hay un ser más allá, del aparecer, es una ilusión intelectual. La inteligencia es quien introduce el falso problema de la dualidad real de conocer y ser. A su vez, este aparecer tampoco es un ser o esencia que existe en el hombre. Este únicamente existe, es una pura elección o autocreación desde la nada, por la nada y para la nada definitiva o la muerte (Heiddeger), "un ser que es lo que no es y no es lo que es" (Sartre) o, más brevemente, "una nada siendo" (Ortega).

Como se ve, en estas posiciones no sólo el ser del mundo, sino el ser del hombre, se hunden en la nada. El nihilismo es la última y lógica consecuencia de esta posición antiintelectualista en la que se niega o desconoce el ser trascendente, como objeto inmediato de la inteligencia.

3.- Del agnosticismo inmanentista al absurdo del hombre y del mundo

Negado o desconocido el ser trascendente, el mundo y el hombre pierden todo sentido. En primer lugar, porque si no hay o es imposible el acceso consciente al ser, todo se aniquila; y desde la nada, nada tiene sentido, más aún, es imposible el planteo mismo de la cuestión. En segundo lugar, desaparecen los términos a-quo y ad-quem, necesarios para establecer la dirección del perfeccionamiento humano y de las cosas y de sí; sentido', ya que no hay ser o esencia para ser perfeccionado -ausencia de término a-quo- y tampoco un ser o bien real y trascendente capaz de acrecentar el ser propio del hombre y de las cosas -ausencia del término ad-quem-. En esta perspectiva que ignora y aun niega el ser trascendente se ve inmediatamente que el ordenamiento moral del hombre, carece de fundamento. En efecto, la norma moral es la expresión de un deber-ser o exigencia ontológica impuesta al hombre desde la trascendencia de su Bien o Fin supremo, para su acrecentamiento como hombre, en dirección a la posesión plena y definitiva de ese Bien y de la consiguiente realización de su propio ser y actividad humana. Brevemente, la perfección moral no es sino el crecimiento ontológico del ser humano en camino hacia su plenitud, que se realiza con la consecución del Bien infinito, para el que aquél está esencialmente ordenado por su ser y vida espiritual. Sin ser no puede haber realización del ser.

Con el hundimiento del ser, también naufraga el fundamento del orden jurídico, político y social; ya que todos ellos se fundan sobre el orden moral, que ya dijimos está sustentado sobre el orden ontológico, Desde que todos estos órdenes están dirigidos a perfeccionar al hombre bajo algunos de sus aspectos, ningún perfeccionamiento puede llevarse a cabo vino como realización del ser. Todo perfeccionamiento se presenta como tina posibilidad de ser, que aun no es, que es reclamado o exigido por el ser que ya es, a fin de que llegue realmente a ser. Por lo demás, todos estos acrecentamientos humanos, político, económico v social, se fundan y se comprenden como perfeccionamiento humano, porque se ajustan al ordenamiento o perfeccionamiento moral, el cual se funda y es él mismo, según lo expuesto antes, un acrecentamiento o realización del ser de acuerdo a las exigencias del ser o esencia del hombre.

4.-De la destrucción de la vida espiritual de la inteligencia y de la voluntad del hombre a la pérdida del sentido de su vida

Resumiendo, pues, lo dicho, con la desaparición del ser del horizonte humano, pierden su fundamento el orden teórico de la inteligencia y el orden práctico moral, económico, político y social del hombre y, con la desaparición de éstos., pierden también su sentido el hombre y su vida. Sin ser trascendente como objeto y sin ser inmanente como sujeto, no hay quien de-vele ni contemple el mundo,-ni tampoco cosa que de-velar ni contemplar. La actividad teórico se hace imposible, porque se destruye la intencionalidad con el naufragio de sus soportes del sujeto y el objeto. Otro tanto sucede con la actividad práctica, incluyendo además de la moral, la artística y la técnica. Mediante la misma, el hombre modifica las cosas, es decir, convierte las posibilidades de éstas en realidad, acrecienta su ser para hacerlas útiles o bellas. Mediante ella también es capaz de actualizar las posibilidades de su propio ser y actividad espiritual, de perfeccionar su libertad por los hábitos virtuosos, que la capaciten e inclinen a la realización de actos buenos, y a sí, inteligencia para superar las dificultades y alcanzar con rectitud y facilidad la verdad.

Ahora bien, ¿Qué sentido puede conservar aún una actividad teórico o contemplativo del ser como es, cuando no hay ser subjetivo -alguien que realmente sea- que actualice esa actividad ni tampoco hay ser objetivo -algo que realmente sea-? Tampoco puede conservar significado una actividad práctica, por la que el hombre, desde su actividad espiritual, inteligente y libre, se propone modificar las cosas exteriores -cultura artística y técnica- y su propia actividad espiritual: la voluntad libre -cultural moral- para lograr el bien en ellas, y la de su inteligencia -cultura teórica- para capacitarla a alcanzar la verdad y razonar rectamente. Porque si no hay alguien, un ser real espiritual, que con la inteligencia planifique esas modificaciones en las cosas y en la propia actividad espiritual, y con su decisión libre las realice, esta actividad práctica resulta impracticable por ausencia de sujeto causal que la realice. Y si no hay bienes o valores que puedan ser realizados, es decir, capaces de pasar del estado de posibilidad al acto de ser, la actividad espiritual de la inteligencia y de la voluntad libre están privadas del ser o bien objetivo, término trascendente indispensable para dirigir su actuación. Vale decir, que sin ser la actividad teórico y práctica pierden todo soporte: del sujeto real, que debe realizarlo, y del objeto real, que debe ser aprehendido y alcanzado; pierden los términos a-quo y ad-quem, indispensables para su comprensión y realización.

Con la pérdida de sentido de la vida espiritual teórico y práctica del hombre, toda la vida humana resulta incomprensible y sin sentido. Porque aun la vida inferior material -la fisiológica, que le es común con las plantas, y la sensitiva, que le es común con los animales- en el hombre está al servicio de la vida espiritual teórico y práctica. Si, pues, ésta carece de sentido, también aquélla lo pierde. Por lo demás, sin ser, nada puede ser ni tener sentido. Con la vida humana, privada de sentido y absurda -, ya nada tiene sentido: el hombre se hunde y se debate en lo impensable, en la contradicción y el absurdo. La verdad y el error, el bien y el mal, la perfección y la imperfección, lo bello y lo feo, el orden y el desorden, es lo mismo o, más preciso aún, carecen de sentido y de valor. ¿Acaso ciertas manifestaciones del arte actual no reflejan de una manera sensible esta pérdida de sentido y de valor de la vida humana? En esta concepción agnóstica, inmanentista y nihilista la persona humana y la sociedad -con el orden moral, jurídico, político, económico y social- no sólo carecen de sentido, sino también de defensa y sostén. Sin el ser no cabe el deber-ser, y, consiguientemente, no cabe el orden moral; y sin orden moral-, tampoco hay orden político, jurídico, económico ni social. No es posible ningún orden auténticamente humano, que surja de la interioridad de la conciencia y que la persona se imponga como un deber-ser, a su propia libertad. Sin este orden interior, surge el desorden de las pasiones, la sensualidad desbordada, el egoísmo y la injusticia

sistematizado, la violencia y el atropello, la guerra y la guerrilla. La vida humana se torna invivible y se hunde en el absurdo no sólo teórico, sino también práctico. La inseguridad, el miedo y la frustración y la falta de garantías y el mismo atropello y la muerte son sus consecuencias.

5.- De la pérdida del ordenamiento humano interior al pseudo orden de la violencia totalitaria

Frente a una sociedad desarticulada por el desorden intelectual -la desconfianza en el valor de la inteligencia, la pérdida de la verdad y del orden intelectual- y el desorden moral -la falta de normas objetivas con la consiguiente caída del orden jurídico, político, económico y social, el desconocimiento de la actividad espiritual auténticamente libre- surge la tentación, y se cae en ella casi inexorablemente, de la imposición por la violencia de un orden puramente extrínseco y policial, que es el totalitarismo. Cuando la sociedad se deshace, cuando la persona ha perdido el sentido de la verdad y del bien moral con todos sus desbordes de egoísmo y de violencia, el único orden -si así se lo puede llamar- es el impuesto por la fuerza, desde fuera, por un Estado, que asume el papel de Dios, de fuente primera de organización. Incapaz por esencia de obligar desde la conciencia -una vez suprimido el orden moral-, impone él violentamente, por la fuerza, un orden puramente externo. La dictadura y el totalitarismo son, por reacción, las consecuencias de la pérdida o disminución del orden institucional y personal, que surge de las exigencias de la verdad y del bien en la interioridad de la conciencia como normas de conducta de valor absoluto.

6.- La restitución del valor trascendente de la inteligencia, fundamento de la reconquista del orden humano, personal y social

*Como lo he dicho en muchas ocasiones, es menester no prostituir la inteligencia, no obligarla contra naturam a negar o desconocer su propio objeto, el ser trascendente -sin el cual no puede actuar-. Esto no puede hacerlo sin ser sometida a esta contradicción interna que la despedaza y humilla: la de negación del ser, negación, que no puede formular siquiera sin la aprehensión y afirmación del ser negado. Lo primero es, pues, la afirmación del ser trascendente como objeto **de la** actividad intelectual.*

Reconocido este ser trascendente, como objeto inmediato y evidentemente dado en todo acto de entender, desde él la inteligencia de-vela el ser del mundo inmediatamente dado, el propio ser inmanente y el Ser imparticipado e infinito de Dios, como su Causa primera y necesaria; y desde El des-cubre y determina, con precisión, el sendero de su propia perfección humana y establece así el orden moral, sobre el que se fundamenta, desde la interioridad de la conciencia, el orden jurídico, político, económico y social en sus múltiples manifestaciones y establece así la organización humana de la sociedad. Sendero que después debe recorrer con la decisión de su libertad. La persona humana su vida individual -v social logran así su cabal sentido: de ser finito, material y espiritual a la vez, abierto a un mundo material finito, y hecho para su plenitud y felicidad por la posesión del Ser -Verdad y Bondad- infinito en la inmortalidad -como beatus-, mediante la decisión de su libertad -actividad técnico-artística y sobre todo moral- bajo la dirección de su inteligencia, en camino hacia su perfeccionamiento humano -homo viator- en busca de aquel Fin o Meta suprema y divina, que, más allá de la vida

humana le confiera la posesión del Bien infinito con la consiguiente plenitud o felicidad humana.